

La calle para el viernes 9 de octubre de 2009  
Diario de un espectador  
Efraín Huerta, David Huerta  
por miguel ángel granados chapa

Dentro de dos semanas, el 22 de octubre, se realizará un homenaje al poeta y ensayista David Huerta, con motivo de sus sesenta años de edad, El acto tendrá lugar en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y letras de la Universidad nacional. El homenaje pondrá en evidencia el valor de las letras de un poeta hijo de poeta, que quiéralo o no, debe despojarse de la influencia de su padre pues aceptó recorrer la ruta paterna con sus propios pies.

Efraín Huerta es un creador dotado de gran variedad de registros. Fue capaz de entonar cantos con tonos elegíacos o epopéyicos, muy caudalosos, como sus declaraciones de amor y odio a la ciudad de México, lo mismo que producir sus *poemínimos*, humorosos y profundos en su brevedad. La poesía de su hijo David pertenece a otra categoría, es más intelectual sin que eso quiera decir impostada. Tampoco quiere decir que David alcanzó su voz poética en riña con su padre, con quien literaria y humanamente mantuvo una buena relación. Para ser poeta como su padre, David Huerta no tuvo que cometer parricidio.

Casualmente, en el número de octubre de la *Revista de la Universidad de México*, en su sección Lo que sea de cada quien, Vicente Leñero, a quien a menudo exploramos en esta página, se refiere a los dos poetas. En sentido contrario al título de su entrega de este mes, “Efraín Huerta no ha muerto”, Leñero habla de la muerte del poeta y del dolor que ello provocó en su hijo, que lo acompañó muy cercanamente durante su enfermedad y agonía:

“A>Efraín le habían practicado una brutal laringectomía para extirparle un cáncer en la garganta y se había quedado prácticamente mudo. Sufría, pero conservaba su humor negro:

‘Me voy a ir a vivir con Elías Nandino –susurraba Efraín a su hijo--; él se está quedando solo y mudo; seremos la pareja perfecta.’:

“La noche en que Efraín Huerta murió, fui a casa de David con Armando Ponce y Miguel Ángel Flores para acompañarlo en su duelo. Lo encontramos devastado y sumamente ebrio. No era fácil conversar.

“Después de quince o veinte minutos de frases tropezadas, de incoherencias, decidí retirarme. David me detuvo. Su gesto me pareció retador. Quizá sediento de escuchar algo que atemperara su desbarrancamiento, pensé después:

--A ver, a ver. Dime. Quiero saber qué piensan los creyentes de la muerte.

Me pasmé por segundos. Resultaba más que inoportuno soltar un rollo sobre la vida eterna que tanto él como Efraín descreían por convicción. Tragué saliva. Me atreví. Dije lo obvio:

--Para los creyentes, los seres humanos no mueren. Lo que existe no deja de existir; se transforma, resucita. En eso confiamos, David. Tu padre no está muerto.

Me miró con los ojos anegados, tras los lentes. No se si con abulia. No se si con dolor y más dolor, ahora sí que incurable como el título de su enorme poema”.

Leñero estaba agradecido y quería al viejo Huerta: Lo había conocido a través de Rubén Salazar Mallén, un escritor y profesor universitario (con quien este espectador tomaría sus primeras copas en la ciudad de México). “Pocos escritores, ‘de los viejos’ me infundieron tanta confianza en mí mismo como Salazar Mallén y Efraín Huerta. Los ajetreos del tiempo me alejaron de ellos, pero nunca los olvidé.

De Efraín Huerta recuerdo la única reseña positiva que se publicó de mi novela *Estudio Q*. Aunque perdí el recorte de la revista *Hoy*, sigo teniendo presente la última frase: ‘No es un libro excepcional, es un libro muy bueno’.

Muchos años después conocí a su hijo David Huerta, amigo de Armando Ponce e inseparable de Jorge Aguilar Mora. Admiraba en ambos su pasión por las palabras, su destreza de prosista, ese rigor literario que se hizo manifiesto en dos libros excepcionales eso sí: *Incurable*, de David y *Cadáver lleno de mundo*, de Aguilar Mora”.